



Amor matrimonial: un arte y una virtud

Escribe el profesor Noriega, del Instituto Juan Pablo II para los Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, de Roma

¿Quién no ha experimentado el deseo de cantar como Plácido Domingo? ¿Quién no ha deseado tener la destreza con el balón al ver las famosas jugadas de Pelé, Maradona o Ronaldo? ¿A quién no le ha apetecido tener la genialidad y creatividad de un Benigni? Cuando nos acercamos a estas u otras personas, se abre ante nosotros un horizonte nuevo, una excelencia fascinante, una posibilidad desconocida, que, sin embargo, tantas veces choca con nuestra realidad. Querríamos, pero no podemos. Y no podemos porque no sabemos, y porque no tenemos la energía y vitalidad suficientes. Nos falta un arte.

También en la experiencia de amor se descubre una excelencia, una plenitud, que fascina y embarga a la persona en su totalidad: en ella se nos revela, sin duda, el destino de nuestra vida, porque nos promete una plenitud de comunión interpersonal. La misma intensidad del placer que acompaña será signo de la plenitud personal que encierra, porque el placer humano es esencialmente figurativo. ¿De qué? Del gozo de la comunión con otra persona.

Nuestras grandes esperanzas están, precisamente, aquí: en el poder realizar lo que la experiencia de amor nos promete. Y aquí, precisamente, se encuentran las grandes dificultades y fracasos. En nuestro entorno vemos cómo las grandes ilusiones y esperanzas del amor van languideciendo, adormeciéndose. ¿Acaso no experimentamos, cuando vamos a una boda, esa inquietud desconcertante de dudar si esos novios a los que queremos serán capaces de vivir las esperanzas que les anima?

Poco nos preguntamos del porqué del

fracaso del amor. Éste no se encuentra, normalmente, en la falta de sinceridad inicial, ni en la falta de entrega. No. Las personas cuando se quieren de verdad y están dispuestas a casarse, saben bien lo que están haciendo y quieren de verdad vivirlo. ¿Dónde está, pues, la razón de tantos fracasos? El error se encuentra precisamente en una confusión inicial: pensar que para construir un matrimonio y una familia basta la sinceridad del sentimiento y la buena voluntad. Como si todo se redujese a la decisión de la voluntad. Basta querer, basta decidirse, basta entregarse. Y todo lo demás viene por añadidura. Como aquel chiquillo que fue educado en una familia en la que los toros eran casi todo, y acudía puntualmente con sus padres a la corrida aprendiéndolo todo sobre la lidia. Fascinado por la nobleza del diestro, su gran ilusión era torear también él; hasta que un día se decidió y se lanzó al ruedo. Lo sabía todo sobre el arte del toreo, lo había ensayado en su casa muchas veces; pero ahora, cuando el toro viene hacia él, comienza a experimentar cosas que antes jamás había experimentado: el miedo, el deseo de huir, la ira... Y, asustado, se echa a correr.

¡Qué distinto es aquel otro chiquillo que ha sido educado entre los toros y que, puntual, acudía con su padre no al ruedo, sino a los abrevaderos y a los pastos! Su padre le va poco a poco ayudando a interpretar el sentido del miedo que experimenta cuando ve venir al toro, y le ayuda a integrarlo. Ese chiquillo no conoce de teoría, sino con su propia experiencia, interpretada e integrada. Gracias a ella, acabará siendo un verdadero maestro, y tendrá un arte formidable que le permitirá brindar lo mejor de la faena.

También los novios se piensan que basta con saber y querer. Se lanzan al matrimonio, y se encuentran después con experiencias absolutamente nuevas que no saben interpretar ni integrar.

Una novedad formidable

No basta querer, no basta saber en teoría. Porque el amor implica una novedad formidable en la vida de las personas, con una gama muy variada de experiencias irreductibles entre sí, que atañen a dimensiones muy diversas, como es el caso con sus instintos y pasiones.